

A propósito de R. SCRUTON, *Usos del pesimismo. El peligro de la falsa esperanza*, Ariel, Barcelona, 2010, 217 pp.

Roger Scruton es uno de los pensadores más brillantes y polémicos del panorama cultural británico. A lo largo de su prolífica carrera como intelectual ha hecho suya la preocupación por las cuestiones más diversas. Tanto es así que el lector que tenga curiosidad por averiguar sobre qué ha escrito este filósofo inglés encontrará que debemos a su pluma excelentes ensayos dedicados al arte, la política, la música o a preocupaciones aparentemente menos académicas como el sexo, la caza y el vino. Sin embargo, a pesar de la aparente disparidad de sus intereses sus trabajos están unidos por un hilo conductor que dota de coherencia a toda su obra: el conservadurismo. El libro que aquí se presenta, *Usos del pesimismo*, no es una excepción a la regla.

Roger Scruton es heredero y heraldo del pensamiento conservador británico que tiene en Edmund Burke a su más insigne representante. La alusión a Burke no tiene nada de casual cuando se habla de Scruton, pues él siempre juega con el paralelismo entre su singladura intelectual y la del filósofo irlandés: así como el conservadurismo de Burke responde a la Revolución Francesa de 1789, su posición conservadora es una reacción ante los acontecimientos de Mayo del 68 y la herencia intelectual de los *soixante-huitards*.

En tanto que crítico con el programa racionalista de la Ilustración continental, el conservadurismo británico se ha caracterizado históricamente por su inclinación natural a preservar lo valioso en el orden existente. Esta actitud tiene su correlato filosófico en un escepticismo radical frente a las ideas abstractas y su traducción política en una profunda aversión a la ingeniería social. Para un conservador las sociedades no son el resultado de una construcción deliberada sino el fruto de un largo proceso de acomodamiento e integración. De aquí que en el imaginario conservador sea la experiencia, y no la razón, el instrumento privilegiado para la ordenación de la sociedad.

En este sentido, *Usos del pesimismo. El peligro de la falsa esperanza* se presenta como un brillante ensayo contra los excesos de una racionalidad mal temperada. De hecho, para Roger Scruton la falsa esperanza es aquel tipo de esperanza que confía ciegamente en que todos los problemas y desórdenes del género humano pueden resolverse trazando un nuevo plan de acción *ex nihilo*. «Los optimistas sin escrúpulos –nos dirá– creen que los problemas y los desórdenes del género humano pueden ser superados por alguna clase de ajuste a gran escala: basta con preparar un nuevo acuerdo, un nuevo sistema, y las personas serán liberadas de su prisión temporal hacia un reino de éxitos» (Pág. 11). De aquí que el autor reivindique como necesario un punto de pesimismo crítico y lúcido para afrontar las grandes cuestiones de manera seria y comprometida: léase, lidiando con la realidad tal y como es, y no con la idea

a la que nosotros queremos asemejarla. ¿Cómo asumir, si no, nuestras limitaciones y la fragilidad de nuestras comunidades?

En este sentido, una de las denuncias más importantes que Scruton lanza contra el mundo contemporáneo es la facilidad con la que históricamente ha sido seducido por la bondad de las teorías abstractas. Sobre todo porque los planes de organización social, aquellos que hablan de soluciones simples y completas a los conflictos humanos, aquellos que ofrecen una hoja de ruta hacia la progresiva armonización de los intereses de la humanidad, se presentan como la manera más cómoda y autocomplaciente de afrontar la realidad. «...un objetivo imposible de alcanzar, escogido por su pureza abstracta, capaz de conciliar las diferencias, superar los conflictos y fundir el género humano en una unidad metafísica, no puede cuestionarse, dado que jamás se podrá poner en práctica» (Pág. 72).

Sin embargo, la tradición conservadora –a la que Scruton también suma en su crítica a la planificación racionalista de la sociedad a Tocqueville y Châteaubriand– nos advierte que la realidad es compleja, que es plural, que tiene aristas y que nuestros intereses no siempre son armonizables. Nos dice, además, que la solución a los problemas no se ajusta a un plan, un esquema o un borrador de sociedad ideal. Al contrario, Scruton razona al más puro estilo burkeano al señalar que el conocimiento que necesitamos para enfrentarnos a las situaciones imprevistas que nos plantea la vida no nos viene dada por el ejercicio especulativo de la razón, sino por el magisterio de la tradición: es decir, por la experiencia.

Con todo, el valor de la obra de Scruton no se agota en su capacidad para reproducir el pensamiento de los principales pensadores conservadores. Su originalidad, que la tiene, estriba en utilizar el pensamiento de los Burke, Hume y compañía para realizar un análisis brillante de los problemas más candentes de nuestra sociedad actual. En este sentido, *Usos del pesimismo* hace un repaso exhaustivo del estado de la cultura –donde descolla su crítica a la filosofía posmoderna–, de la política –abarcando desde el problema de la justicia social hasta el multiculturalismo– y la economía. Todo ello señalando con puntillosa minuciosidad las dinámicas dañinas que el optimismo racionalista, así como las expectativas imposibles de satisfacer que lo acompañan, ha provocado sobre las instituciones y tradiciones que han fundado la civilización occidental.

*Jorge del Palacio Martín*